

CAROLINE ALEXANDER

LA GUERRA
QUE MATÓ A AQUILES

LA VERDADERA HISTORIA
DE LA «ILÍADA»

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE JOSÉ MANUEL ÁLVAREZ-FLÓREZ

BARCELONA 2015



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The War That Killed Achilles*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2009 by Caroline Alexander
© de la traducción, 2015 by José Manuel Álvarez-Flórez
© de esta edición, 2015 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

ISBN: 978-84-16011-43-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 3892-2015

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2015*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Prefacio</i>	9
<i>Nota de la edición original</i>	15
<i>Nota del traductor de la edición española</i>	15
<i>Mapa: Escenario de la guerra troyana</i>	16
Las cosas que llevaban	19
Cadena de mando	36
Normas de actuación	60
Líneas enemigas	87
La tierra de mis padres	108
Confiamos en Dios	133
La muerte de Patroclo	152
Sin rehenes	179
La muerte de Héctor	207
Gloria eterna	227
<i>Agradecimientos</i>	265
<i>Notas</i>	267
<i>Otras lecturas recomendadas</i>	317
<i>Índice analítico</i>	325

LAS COSAS QUE LLEVABAN

Es la epopeya de las epopeyas, la más celebrada y perdurable de todas las historias de guerra. Digamos, en un escueto resumen, que la antigua leyenda de la guerra de Troya cuenta los diez años de asedio de la ciudad asiática de Troya (o Ilión) por una coalición de fuerzas griegas con el objetivo de rescatar a Helena, aristócrata griega famosa por su belleza, a la que un príncipe troyano, París, se había llevado a Troya. La guerra la ganaron los griegos (o aqueos, como se los conocía), que consiguieron finalmente acceder a la ciudad fortificada ocultando a sus mejores hombres en el vientre de un gigantesco caballo de madera que supuestamente era una ofrenda al dios Poseidón. Después de que los engañados troyanos introdujeran el caballo dentro de sus murallas, los aqueos ocultos en él salieron de noche y saquearon la ciudad, la incendiaron y mataron o esclavizaron a los troyanos.

Esta historia de guerra, tan celebrada y estimada, conmemora en realidad una guerra que no modificó ninguna frontera, no ganó ningún territorio y no sirvió a ninguna causa. Se fecha con cautela hacia el 1250 a. C. La inmortalizó la *Ilíada*, un poema épico atribuido a Homero y compuesto unos cinco siglos más tarde, en torno a 750-700 a. C. La *Ilíada* de Homero es la única razón de que se recuerde hoy aquella guerra inútil.

Generaciones de aedos o rapsodas habían transmitido la leyenda de la guerra a lo largo de siglos a través del peligroso abismo que separa la Edad del Bronce de la época de Homero. Muchos de los episodios que evocaban estos aedos olvidados en sus poemas, hoy perdidos, fueron ignorados o rechazados por la *Ilíada*. La epopeya de Homero no cuenta acontecimientos aparentemente tan esenciales como el rap-

to de Helena, por ejemplo, ni cómo se reunió y zarpó la flota griega, las primeras hostilidades de la guerra, el caballo de Troya o el saqueo y el incendio de la ciudad.

En vez de eso, la *Ilíada* de Homero describe en sus 15 693 versos los acontecimientos de un período de unas dos semanas del décimo y último año de una guerra que se había convertido en un asedio sin salida. De manera que los acontecimientos dramáticos que definen el poema son la denuncia pública que hace el gran guerrero aqueo Aquiles de su comandante en jefe como un cobarde mercenario sin principios; la retirada de Aquiles de la guerra; y su proclamación de que ninguna guerra ni galardón que otorgue podría valer tanto como su propia vida. La *Ilíada* de Homero no concluye con un triunfo marcial, sino con la aceptación desgarradora por parte de Aquiles de que perderá en realidad la vida en una guerra totalmente inútil.

En la época de Homero, resultaban visibles para cualquier viajero las ruinas de lo que habían sido en tiempos las sólidas murallas de Troya, que dominaban el Helesponto, que era como se llamaba entonces el estrecho de los Dardanelos; la descripción detallada que en la *Ilíada* se da de la Tróade, la región que rodeaba Troya, parece indicar que el poeta conocía personalmente el territorio. Así pues, la guerra era real, no mítica, para Homero y su público. Los principados griegos importantes que según el poema participan en la guerra también existieron. Sus ruinas eran visibles para cualquier viajero.

El conocimiento de Troya y de la época de Troya ha ido revelándolo la arqueología. Pero la guerra de Troya en concreto, la terrible conflagración que desarraigó naciones enteras, sigue siendo misteriosa. Independientemente de cualquier hecho que pueda salir a la luz, la descripción inequívoca que hace el poema de lo que aquella guerra significó realmente permanece inalterable. Homero, profundizando en su

ya antigua historia, había captado una verdad feroz y perdurable. Contada por él, la vieja historia de aquel conflicto bélico concreto de la Edad del Bronce se convirtió en una amplia y sublime evocación de la devastación que supone cualquier guerra de cualquier época.

El «divino Homero», según los antiguos griegos, era un poeta profesional de Jonia, una región de asentamientos griegos de la costa oeste de Anatolia (la actual Turquía) e islas adyacentes. Aparte de esta plausible tradición, su identidad se pierde en el pasado mítico; de acuerdo con un testimonio, por ejemplo, su padre fue el río Meles y su madre una ninfa.¹

Los propios orígenes de la *Iliada* son también oscuros. Ciertos rasgos poéticos (como un complejo sistema de frases métricamente útiles y un uso notorio de la repetición de pasajes y palabras) indican que hay una larga tradición de narrativa oral tras ella. Las alusiones que hace a nombres geográficos de lugar y a tipos de armamento y a otros utensilios que se pueden correlacionar con hallazgos de la arqueología moderna—unido a testimonios lingüísticos—indican que algunos de sus elementos se remontan a la Edad del Bronce. Esas reliquias históricas estaban fundidas con temas, lenguaje y personajes tomados de otras tradiciones, siendo fuentes particularmente ricas el folclore, la poesía y la mitología de Oriente Medio y de Oriente Próximo. Algunos elementos son incluso de origen pregriego. El nombre de Helena, por ejemplo, se puede remontar al indoeuropeo **Swelénā*, de la raíz **swel*, ‘sol’, ‘resplandor solar’, ‘ardor’, ‘brasa’. Su prototipo era una Hija del Sol, siendo el rapto de la Doncella del Sol motivo recurrente de un viejo mito indoeuropeo.²

Ciertos rasgos de la *Iliada* nos permiten vislumbrar si no la historia real, sí al menos el carácter de la tradición épica de la Edad del Bronce. El héroe Áyax, por ejemplo, con su descomunal escudo distintivo y su enorme estatura, pertenece

a la Edad del Bronce, lo mismo que la fácil comunión entre dioses y hombres, los símiles que comparan a hombres con leones y los héroes que tienen la misma talla que los dioses. Sobre todo, podemos inferir que la tradición anterior cantaba la batalla y la muerte en el combate.³

La trayectoria de la epopeya se puede rastrear en la historia de los pueblos extintos: los griegos de la Edad del Bronce—conocidos por Homero como «aqueos» y por los historiadores modernos como micénicos, por su asentamiento principal—y los troyanos, un pueblo de la Anatolia occidental relacionado con los hititas.

Los micénicos llegaron al poder en la Grecia continental en el siglo VII a. C., y aunque la gran península meridional denominada el Peloponeso era la principal región de sus fortalezas, eran marineros, piratas y guerreros además de comerciantes, y a mediados del siglo XV a. C. habían alcanzado la supremacía política y cultural en todo el Egeo. Piezas de oro y otros objetos valiosos desenterrados de sus tumbas revelan que eran un pueblo rico. Parte de esa riqueza procedía del comercio legítimo, pero alusiones fragmentarias a piratas micénicos en los registros de los hititas contemporáneos indican que había bandas de individuos, y puede que ejércitos organizados, que recorrían la costa de Anatolia con propósitos de saqueo: es posible que la acción dramática de la épica anterior se basase en esas actividades de piratería.⁴ Desde luego, los temas decididamente militaristas del arte micénico, con sus reproducciones de asedios, guerreros en marcha y flotas que se hacen a la mar, parecen indicar claramente que los micénicos eran un pueblo belicoso.⁵

Su riqueza y su poder alcanzaron el punto culminante a finales del siglo XIV y a lo largo del siglo XIII a. C., un período conocido como «palacial» debido a los grandes complejos palatinos que se construyeron entonces. Asentados a me-

nudo en alturas estratégicas y rodeados de grandes y sólidas murallas de fortificación, los palacios funcionaron no sólo como fortalezas defensivas, sino también como cuarteles generales de una burocracia feudal refinada. Archivos de documentos hallados en algunos de los emplazamientos, escritos sobre tablillas de barro cocido en una temprana forma de griego utilizando una escritura de ideogramas silábicos denominada «lineal B», contienen listas aparentemente interminables (de tributos, tasas, mercancías, almacenes y equipamiento militar), indicio al mismo tiempo de la riqueza, la organización, el carácter militar y el crudo materialismo del orden imperante.⁶ Entre esos montones de tablillas de la escritura lineal B no se ha hallado ninguno de los documentos diplomáticos característicos de otras sociedades de la Edad del Bronce de Oriente Medio o Próximo; ni tratados o cartas entre embajadas o soberanos, ninguna reseña histórica de escaramuzas o batallas; ni poemas, ni oraciones, ni epopeyas fragmentarias..., nada más que las cuidadosas y codiciosas listas de posesiones:

Kokalos pagó la siguiente cantidad de aceite de oliva a Eumedes:
648 litros de aceite.

Un escabel con un hombre y un caballo y un pulpo y un grifo taraceados en marfil.

Un escabel taraceado con cabezas de leones y surcos de marfil.

Un par de ruedas, con llantas de bronce, no aptas para el uso.

Veintiuna mujeres de Cnidos con sus doce niñas y diez niños cautivos.

Mujeres de Mileto.

Y también:

To-ro-ja: mujeres de Troya.⁷

Cómo mujeres de Troya acabaron en el inventario de un palacio micénico es algo que no podemos saber por una escaleta anotación, pero la explicación más plausible es que,

como las mujeres de Cnidos y Mileto (y Lemnos, Quíos y otros asentamientos nombrados de Anatolia o de las islas del Egeo), eran, en el lenguaje de las tablillas, «mujeres tomadas como botín», o cautivas, destinadas a servir como «tejedoras», trabajadoras textiles, «aguadoras del baño» y probablemente en los lechos de sus amos.⁸ Una carta escrita hacia el 1250 a. C., el período calculado de la guerra, por el rey hitita Hattusili III a un rey micénico anónimo, sobre el transporte y reasentamiento de unos siete mil anatolios en el territorio de los micénicos (tras haberlos capturado y persuadido), indica la escala de la intromisión de estos últimos.⁹ Unos cuantos documentos hititas y la anotación de la escritura lineal B, junto con una abundante alfarería micénica descubierta en la propia Troya, son prueba de que en el curso de sus viajes (de comercio, piratería o colonización a lo largo de la costa anatolia) se había establecido un contacto significativo entre la gente de Micenas y los habitantes de Troya.¹⁰

La propia Troya, situada en la entrada del Helesponto (los actuales Dardanelos), tenía una historia más antigua que la de cualquiera de los palacios micénicos. El primer asentamiento troyano, muy pequeño, había sido construido hacia el 2900 a. C., encaramado en una colina baja sobre una llanura cenagosa y quizá palúdica que estaba delimitada por dos ríos, el Simoente y el Escamandro.¹¹ Siete importantes niveles de asentamientos fueron superponiéndose allí entre la fecha de fundación y su abandono casi dos mil años más tarde, en el 1050 a. C.¹² De esos siete niveles, el denominado Troya VI (fechado del 1700 al 1250 a. C.) abarcó el período de dominación micénica de Grecia. Construida en ocho fases diferenciadas, sobre las cenizas de sus predecesoras, Troya VI se edificó con una pericia y un estilo ciertamente novedosos, lo que sugiere que se había instalado en el antiguo emplazamiento gente nueva; se sabe que los luviitas, un pueblo indoeuropeo emparentado con los poderosos hititas, se asentaron durante ese período en el noroes-

te de Anatolia y son los más probables candidatos para esos nuevos troyanos.¹³

En la colina se reconstruyó y restauró la ciudadela palacial, con vistosas murallas defensivas en suave declive construidas con bloques de piedra caliza de cuidadoso acabado. Esas murallas de piedra, de unos cinco metros de altura, estaban coronadas por una superestructura de adobe, de manera que se elevaban desde la base de piedra hasta la cima de adobe unos diez metros de altura; había torres estratégicas que reforzaban las defensas, y rampas de piedra que conducían a portones de entrada y salida de la ciudad. Estos detalles perdurarían en la tradición épica, pues la *Ilíada* habla de los amplios accesos y portones de Troya, de sus torres y de sus fuertes murallas. Debajo de la ciudadela, una ciudad más baja albergaba una población de aproximadamente seis mil almas.¹⁴

Así pues, en la época de apogeo del poder de Micenas, en los siglos XIV y XIII a. C., Troya era un asentamiento considerable, dominado por una ciudadela palacial y estratégicamente situado en la entrada de los Dardanelos, que controlaban a su vez el acceso al mar de Mármara y, más allá, al mar Negro.¹⁵ Su influencia se extendía no sólo por toda la Tróade, sino que llegaba hasta islas tan alejadas como Lesbos, en el Egeo oriental, donde los restos arqueológicos, principalmente de cerámica (pero también la presencia de plomo en objetos de cobre), evidencian que desde al menos el 3000 a. C. esos isleños habían compartido cultura material con los troyanos.¹⁶

Sin embargo, a pesar de todo esto, Troya no fue nunca más que un poder local. El gran reino hitita que regía Asia Menor desde su capital, Hattusa (la actual Boğazköy, en la Turquía central), era el que controlaba la situación, y documentos de barro de los abundantes archivos hititas muestran que Troya era sólo uno de sus Estados vasallos.¹⁷ Los archivos hititas, investigados en busca de pruebas de la Troya «real» y de la guerra de Troya desde que fueron descifrados por prime-

ra vez, han aportado claves seductoras, que descubrimientos de años recientes han hecho aún más sustanciales. Una alusión a la «Ahhiyawa», regida por un gran rey al otro lado del mar, por ejemplo, suele considerarse generalmente ahora que alude a los aqueos, el nombre utilizado más comúnmente en la *Iliada* para los micénicos.¹⁸ Asimismo, se ha confirmado que el hitita «Wilusa» es el homérico Ilios; o, más apropiadamente, con la restauración de su antigua letra original que sonaba como *w*, la digamma: «Wilios».¹⁹ Resulta particularmente intrigante la alusión que se hace en una carta de hacia el 1250 a. C. del rey hitita Hattusili III a un rey de Ahhiyawa al que no se nombra: «En cuanto a ese asunto de Wilusa por el que estuvimos enemistados...».²⁰ Así que esto prueba que, al menos en una ocasión, un rey micénico se había visto involucrado en hostilidades a causa de Ilios.

Aún no se han encontrado documentos en ninguno de los niveles de Troya; un único sello de piedra desenterrado en Troya VI, grabado en lengua luvita, sigue siendo la única evidencia escrita.²¹ Sólo podemos hacer conjeturas sobre cómo sobrevivió Troya, cómo amasó riquezas suficientes para poder construir sus impresionantes murallas. El gran número de piezas de husos desenterradas por los excavadores se ha interpretado como prueba de la prolongada existencia de una industria textil, mientras que los huesos de caballo hallados en Troya VI pueden testimoniar la cría de éstos: en la *Iliada*, la Troya de Homero es «famosa por sus caballos».²² Particularmente sugerente, sin embargo, es el pequeño cementerio de finales de la Edad del Bronce descubierto cerca del puerto occidental de Troya, en el que aproximadamente un cuarto de las cremaciones y enterramientos diversos contenían objetos micénicos; segregado de Troya, parece haber sido una zona de enterramiento destinada a marineros o a mercaderes extranjeros.²³ Al mismo tiempo, son muy escasas las pruebas de contacto micénico más allá del Helesponto y del Bósforo, lo cual indica que la mayor parte del comercio

no se aventuraba más allá, sino que se detenía en Troya. No podemos saber, sin embargo, si esto se debía a que los troyanos controlaban activamente el estrecho y exigían el pago de un arancel, como se haría en épocas posteriores, o simplemente a la dificultad de navegar en los barcos sin quilla de la Edad del Bronce contra una corriente y un viento firmes y constantes.²⁴

En la mitología y la épica griegas, la guerra entre griegos y troyanos tuvo como causa directa el hecho de que Paris, un hijo del rey Príamo de Troya, visitó al rey griego Menelao de Esparta y raptó, o sedujo (había diferencia de opiniones ya en la Antigüedad), a la esposa del rey, Helena, llevándose además muchas riquezas. No hay motivo alguno por el que esta tradición no pudiese reflejar alguna verdad histórica. Dado que las listas de inventarios de la escritura lineal B indican claramente que se capturaban mujeres en incursiones micénicas a lo largo de la costa anatolia, es posible también que se hiciesen incursiones en la otra dirección. La unión en el mito de la Helena griega con el Paris asiático podría reflejar asimismo el recuerdo impreciso de un matrimonio políticamente acordado (tal vez indeseado) entre un príncipe hitita y su novia griega.²⁵ Por otra parte, la causa de la «guerra de Troya» puede haber sido simplemente una búsqueda fría y calculada de botín, con una serie de incursiones románticamente fundidas en la única gran guerra de la Edad del Bronce. Los primeros relatos épicos y mitológicos aluden, significativamente, a los saqueos de Troya por los griegos a lo largo de dos generaciones sucesivas, además de—cosa intrigante—una campaña fallida en la región acaudillada por Agamemón, el rey de Micenas.²⁶

La última de las fases de Troya VI (Troya VIh) terminó en el 1250 a. C., debido a lo que parece ser una combinación de desastre natural y fuego enemigo. La población, muy men-